

Un año sin Alfonso

El día 23 de julio hizo un año que se nos murió Alfonso Comín. La última vez que lo vi, interviniendo, apasionadamente, en un debate religioso, Alfonso parecía tener prisa. «¿Pero qué le pasa a Alfonso?», me preguntaba un amigo común que más de una vez había mostrado sus desacuerdos con él. No le pasaba nada. Sólo que tenía prisa. Pocos meses después moriría de su muerte personal, no de la muerte impuesta; de su muerte anunciada y evangélicamente aceptada. De una muerte cuya probable proximidad no logró paralizarlo. Siguió y siguió con hambre de vivir, de participar, de amar, de disentir, de aceptar y de rechazar.

Alfonso no era una balsa de aceite. Era un hombre cabal. Un cristiano consecuente con su propia conciencia. Si todos los hombres son respetables, Alfonso era doblemente hombre.

Hay muertes y muertes. La de Alfonso no fue ningún fracaso. Todavía podía esperarse mucho de él, pero hizo mucho y deja obra. Deja amigos, muchos amigos que ahora están organizándose para una posible «fundación» que mantenga vivas las ideas de Alfonso. Sus grandes ideas de justicia y de paz. María Luisa y sus hijos seguirán manteniendo la lumbre del hogar de Alfonso ahora que él ya participa del fuego del Hogar. Gente como él nunca muere y la semilla seguirá brotando cada final de julio, cada pleno verano, tiempo de cosecha. Quedan sus libros que habrá que releer de tiempo en tiempo para no decir que sí a cuanto Alfonso pensó porque eso es lo que a él no le gustaba. La amistad y el recuerdo no son actas de permanente afirmación ni de condescendencia, sino de encuentro. Pocas personas he conocido que dialogaran tan apasionadamente como Alfonso: cuando le tocaba decía sus pensamientos con una energía doliente y gozosa; cuando les tocaba a los demás, sabía escuchar con la misma energía.

Un año sin Alfonso es el comienzo de muchos años más con él. El encuentro sólo ha hecho que empezar.

Bernardino M. HERNANDO